



CATACUMBAS DE SAN JENARO EN NÁPOLES

numerosas comunidades cristianas constituirse libremente sin conformarse con las leyes, debido a que se esperaba el próximo fin del mundo: los fieles no dudaban del cumplimiento de las predicciones anunciadas. El cielo iba a desgarrarse y la tierra a entreabrirse; todas las cosas visibles iban a desaparecer en un inmenso incendio; luego, después del gran estrago de la muerte universal, iba a ser pronunciado el juicio final sobre todo lo que vivió. En vísperas del cataclismo supremo en que habían de hundirse los malos para toda una eternidad, era fácil responder con energía: « ¡Primeramente desobedecer a los hombres que desagradar a Dios! »

Pero el día de la gran cólera que había de anonadar la tierra se hacía esperar de año en año y de década en década, mientras que los emperadores continuaban reinando en Roma. Convenía proceder con prudencia para no arriesgar inmediatamente la libertad o la vida, porque una multitud, aunque elevada sobre sí misma por una idea moral o por un fanatismo colectivo, jamás se compone en su conjunto de hombres que arriesgan heroicamente su existencia: la mayor parte se esfuerzan para conservarla buscando acomoda-

mientos entre su conciencia y la necesidad de los tiempos. He ahí por qué la Iglesia proclamaba bien alto su respeto a las autoridades, que «tienen el cuchillo en la mano»; todo fiel se complacía en declararse estricto observante de las leyes, súbdito obediente a sus señores. Sin embargo, la Iglesia no podía evitar las persecuciones, puesto que inspirada por el «espíritu de Dios», aspiraba necesariamente por eso mismo a la dominación absoluta y se hallaba en conflicto con otra potencia soberana, la de los emperadores: ocultaba sus designios, mas por su propia humildad continuaba preparando su realización. Si la «locura de la cruz» hubiera animado a todos los confesores de la fe cristiana, como lo refieren los martirologios, redactados mucho tiempo después, cuando el cristianismo a su vez se había convertido en religión dominante, el poder hubiera procedido contra ellos por un exterminio metódico, y Tertuliano no hubiera tenido jamás ocasión de lanzar su apóstrofe famoso sobre la presencia de los cristianos en todas las partes del Imperio, en los ejércitos, en los pretorios y en los palacios; porque el hecho es que si habían podido deslizarse por todas partes, es que en todo lugar se habían acomodado a instituciones reprobadas por sus convicciones íntimas. Excepto en algunos períodos excepcionales, los súbditos cristianos no tuvieron que sufrir la opresión sistemática de los grandes, y las persecuciones que se produjeron fueron más determinadas por odios de raza o de clase que por disensiones religiosas. En los ejércitos, los emperadores y sus lugartenientes persiguieron a los cristianos no en su calidad de depositarios de la fe y de reguladores de las ceremonias religiosas, sino como jefes de legiones: cuando algunos soldados que profesaban el nuevo culto se negaban a hacer sacrificio ante las enseñas y las águilas, los dioses del gran cuerpo militar, se hallaban en una posición análoga a la de los reclutas anarquistas de nuestros días que niegan su salud a la bandera¹.

La adaptación, o al menos cierto acomodamiento a las costumbres nacionales en cada parte del Imperio, era tan indispensable al cristianismo como el favor o la tolerancia del poder. Esta evolución no dejó, pues, de hacerse. Primeramente el cristianismo,

¹ Eugène Guillaume, *Revue des Deux Mondes*, 15 Julio 1897.

tomando su forma definitiva, se presentó de modo que se hiciera muy aceptable a los ojos de la sociedad romana. Aunque la mayor parte de sus miembros fuesen pobres, humildes, esclavos e hijos de esclavos, se desprendieron pronto de sus primeras prácticas de comunismo, que les hacían sospechosos a los mercaderes y proveedores de toda especie y que habían sido probablemente la causa del primer «martirio de la fe»: si la multitud fanática de los Judíos lapidó al «diácono» Esteban, fué precisamente porque era el gerente, el personaje más visible de la pequeña comunidad cristiana que tendía por la asociación de las fuerzas a socavar las bases de la sociedad «tradicional». Los cristianos aprendieron pronto a no atraerse la cólera de los vendedores al por menor. Cuando el apóstol Pablo, predicando en Efeso, quiso atraer la multitud hacia un dios nuevo, los industriales interesados se amotinaron contra él, sobre todo los plateros, «fabricantes de templecillos de plata, con que ganaban su subsistencia». Vivían del culto de la diosa local, y para salvar su pan diario gritaron de concierto durante dos horas: «¡Grande, grande es la Diana de los Efesios!»¹. Trescientos años después habían cambiado las industrias, pero el espíritu de lucro había permanecido el mismo, porque habiendo proclamado los concilios que la Virgen María conservaría su título de «Madre de Dios», y que las medallas que tenían ese nombre conservarían siempre su carácter de santidad, el pueblo de Efeso se llenó de júbilo, y se precipitó en las calles a los pies de los obispos para abrazar sus rodillas².

La organización interna de la Iglesia se modeló también sobre la del Imperio; los sucesores de los apóstoles se hicieron sacerdotes, y poco a poco se estableció la jerarquía entre los obispos, los sacerdotes y los simples catequistas: los fieles hubieron de habituarse a la obediencia, y los ágapes fraternales de los primeros años de amor y de entusiasmo fueron abandonados so pretexto de escándalo. Mientras los creyentes fueron iguales y constituían la «asamblea», comían fraternalmente en común; pero en cuanto la Iglesia tuvo vigilantes y superiores se hizo necesario que se sentasen a mesas diferentes. Los sacerdotes se distinguieron del común de los convertidos

¹ *Hechos de los Apóstoles*, xix, 24 a 34.

² Montesquieu, *Esprit des Lois*, l. xxv, c. 11.

y comieron aparte: hasta sus alimentos tomaron carácter divino, conveniente a seres que habían llegado a ser sagrados. Así fué como en la Iglesia católica, la «cena», que suele imaginarse haber tenido por modelo la Pascua de Jesús con sus discípulos, resultó reproducir con mucha mayor exactitud la comida sagrada de los sacerdotes mazdeos. El sacerdote del Cristo bebe el licor de la vid ante los fieles, lo mismo que el *dsjonds* bebía la savia del homa; traga la hostia lo mismo que su predecesor iranio tomaba el *darun*, ruedecilla también de harina cocida sin levadura¹.

Una de las causas asignadas por Tácito al relajamiento del lazo nacional y a la decadencia de la personalidad romana, la afluencia de los bárbaros a Roma, tuvo ciertamente una importancia capital: la historia ha suministrado frecuentes ejemplos de ello y continúa suministrándolos. Los extranjeros cambian rápidamente la vida de una aglomeración urbana, aun cuando disten mucho de igualar en número a los habitantes de origen local, porque impulsados por el amor de las aventuras o alguna ambición tenaz, sobresalen por lo común sobre los indígenas por la energía de las pasiones y el poder de la voluntad. Cuando la llegada del apóstol Pablo a Roma ya se contaban allí de 25000 a 30000 Judíos, y como los Cristianos se mezclaban entre ellos a los adoradores de la antigua fe, estallaban luchas sin cesar, de modo que el emperador Claudio lanzó contra ellos un decreto de destierro colectivo. Pero volvieron, y la propaganda, el malestar presente y el deseo de mejorar multiplicaron sus multitudes. Por las ideas, las tradiciones, los deseos y los odios, los Judíos cristianizados y los Gentiles de toda raza que aceptaron la fe de Cristo, se hicieron completamente extraños a la religión de la ciudad romana, de tal modo que bien se les pudo acusar con alguna verosimilitud de haber encendido, en tiempo de Nerón, aquel terrible incendio que, de los catorce distritos de Roma, destruyó completamente tres, y de siete no dejó más que paredones ennegrecidos. El hecho es que la multitud, persuadida de la culpabilidad de los Cristianos, aplaudió su suplicio en los jardines de Nerón. Si no se hallaba ningún incendiario entre aquellos hombres

¹ R. C. d'Ablaing van Giessenburg, *Evolution des Idées religieuses dans la Mésopotamie et dans l'Égypte*, ps. 149 a 151.

que predecían constantemente la destrucción de Roma como el preliminar de la venida del Cristo Redentor y del principio de la nueva edad de oro, el «Reinado de Mil Años» al menos debían regocijarse de aquel acontecimiento en el que veían el cumplimiento de las profecías, y esa alegría del triunfo experimentado de antemano, no podía menos de hacerles pasar por cómplices: en tiempo de lucha suele bastar una prueba de complicidad «moral».

Desde el fin del siglo II después del nacimiento de Jesús, el Cristianismo tenía, si no la forma que presenta en nuestros días, a lo menos todos los rasgos bosquejados que hacían de él un cuerpo bien definido y cuyas modificaciones se han operado después gradualmente. Los Cristianos, que se aco-



Cl. Alinari.

ESTATUA DE SAN PEDRO EN ROMA

Esta estatua en bronce, cuyo pie derecho besan los fieles, se considera generalmente que data del siglo V, pero algunos especialistas le creen muy posterior, quizá del siglo XII.

modaron lo mejor que pudieron a la filosofía griega y a las exigencias de la sociedad romana, se separaron terminantemente de los Judíos, sus iniciadores: a partir de aquel momento «el odio más sombrío se encendió entre la madre y la hija»¹.

La execración mutua tomó proporciones tanto mayores cuanto que el origen de los Cristianos era incontestablemente judaico: los Judíos, quedando fieles a su fe, veían renegados y blasfemos en los Cristianos, y éstos consideraban a los Judíos como los verdugos de su Dios. Entre los dos hermanos enemigos la enemistad no tuvo límites. Fué costumbre durante mucho tiempo, dice la leyenda, poner algunos guijarros en el ataúd de los hijos de Abraham para que los tirara contra «el hijo del carpintero», si tenía ocasión de encontrarle en los caminos de ultratumba. Tal era todo el bagaje del muerto, junto con algunas monedas y el báculo de viaje sobre el cual había de apoyarse para «subir» a Jerusalem. Se acusaba, se acusa todavía a los Judíos de las infamias más graves, puesto que frecuentemente la opinión les atribuyó el asesinato de niños cristianos cuya sangre debía servir a la preparación del pan de la Pascua. Es curioso que esta acusación sea precisamente un antiguo recurso empleado en otro tiempo por los Paganos contra los Cristianos mismos². Las calumnias feroces son de todos los tiempos y sirven a todos los partidos. Que se hayan cometido de una parte y de otra iniquidades, infanticidios y otras, no puede dudarse, pero no es menos cierto que fueron sobre todo ejecutadas por los Cristianos, puesto que éstos han dispuesto casi siempre de la fuerza y fueron los perseguidores.

Mientras que el cristianismo se divorciaba violentamente de los Judíos, reemplazaba los antiguos cultos paganos cuanto lo permitía la rigidez de los dogmas: el clero reconstituído se ocupaba ya de introducir el orden en el caos y de interpretar todas las cosas del modo más conforme a su interés. Hizo una elección entre los Evangelios canónicos y los otros, rechazados como «apócrifos», bien que de valor sensiblemente igual en cuanto a la autenticidad de los hechos que refieren esos libros³; el Nuevo Testamento está cerrado.

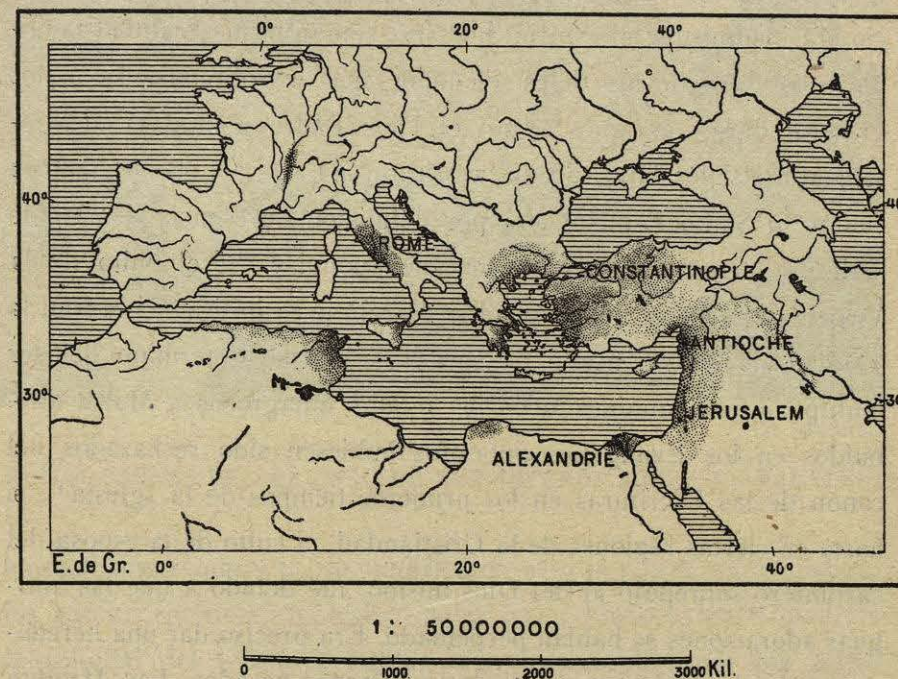
¹ Ernest Renan, *Les Evangiles et la seconde génération chrétienne*, p. 111.

² H. L. Strack, *Le Sang et la fausse Accusation du Meurtre rituel*, ps. 28 y sig.

³ G. Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Febrero 1898.

Habiendo detenido la emisión de la «palabra divina», la autoridad eclesiástica sólo ha de cuidar de fijar su sentido, de explicar los pasajes oscuros, de conciliar las contradicciones. En el torbellino de los comentarios, en el conflicto de las opiniones que han ido presentándose sucesivamente y que se entrechocan de una parte y de

N.º 257. Distribución de los Cristianos hacia el año 180.



Este mapa está trazado según E. Renan: *Index général de l'Histoire des Origines du Christianisme*.

Durante el siglo III se vieron surgir nuevas iglesias en Italia, en la España meridional, lo mismo que en Sicilia y Tripolitania. En cuanto a las Galias, si se exceptúa Lyon, que tuvo una iglesia en el año 168, no había todavía a la mitad del siglo III ningún signo serio de cristianismo; en realidad la evangelización allí data de San Martín (Remy de Gourmont).

otra, se trata de escoger qué será la ortodoxia y qué será el error. Al menos podía creerse en la apariencia de la unanimidad y ocultar las divergencias bajo frases sacramentales y convenidas.

La unidad de fe había sido proclamada. «¡Un solo Dios en tres personas!» tal era el dogma; pero lo cierto es que los antiguos cultos locales se conservaron bajo diferentes nombres y con las modificaciones indispensables reclamadas por el cambio del medio. Los ritos cambiaron algo, ciertas ceremonias cayeron en desuso, mientras que otras, importadas o formadas sobre el terreno, acabaron por dominar; acá y acullá se produjeron revoluciones bruscas, a